

Imaginarios de la palabras desde Goethe hasta las culturas de la oralidad

José Luis Narvaja sj

I.

Es conocida la escena del *Fausto* que precede inmediatamente a la aparición de Mefistófeles. El Dr. Fausto intenta traducir al alemán el prólogo del evangelio de Juan. Y tiene dificultades ya con la primera frase. Dice:

Está escrito: En el principio era la Palabra (*Wort*).

Y aquí ya me encuentro con el primer problema. ¿Quién me dará una mano?

Cuando Heidegger comenta el fragmento 50 de Heráclito que habla del “Logos” señala precisamente lo que presenciamos en la escena del Fausto. Afirma que “Lo más cuestionable es lo más evidente”.

En la traducción que se propone Fausto, el problema que se presenta es el del tiempo... “en el principio...”. Es evidente que “palabra” (logos) no crea problemas y sin embargo resulta lo más cuestionable.

Es lo que desanima a Fausto. Por eso dice: “¿quién me dará una mano?”

La primera traducción que intenta es la obvia:

“En el principio era la Palabra”.

Pero se da cuenta de que Logos tiene un valor que sobrepasa a la mera “palabra”. Dice:

“Me resulta imposible dar un valor tan alto a la palabra.”

“Debo traducirlo de otra manera, si el espíritu me ilumina.”

Va a busca otras traducciones de “Logos” y así ensaya: “sentido” (*Sinn*), “fuerza” (*Kraft*), “acción”: (*Tat*).

Está escrito: *En el principio era el sentido (Sinn)*.

Reflexiona bien sobre esta primera línea,
y no permitas que la pluma se apresure.

Ha invocado la ayuda del espíritu, pero en realidad se va a guiar por su razón.

¿Es el sentido el que todo obra y crea?

Entonces, debería decir: *En el principio era la fuerza (Kraft)*.

Y al final, reconoce que el espíritu, la razón, lo ha iluminado.

Y, sin embargo, al escribir esto,
algo me dice que éste no es el verdadero sentido.

Por fin, parece venir el espíritu en mi auxilio; ya empiezo a ver con más claridad,
y escribo con mayor confianza: *En el principio era la acción (Tat)*.

Es evidente que Goethe identifica el espíritu con la razón. En su razonamiento reconocemos inmediatamente el “espíritu” de Hegel, que es el acerado espíritu de la razón que implacablemente guía

el pensamiento.

Es un concepto de espíritu propio de su época, que se aleja de lo que comprendieron por “espíritu” las tradiciones antiguas. Pues la “ruah” hebrea está ligada al seno materno y a la incubación, el “pneuma” de los griegos es el “aliento vital”, el “spiritus” latino es “viento que hace sentir su gemido” y el “Geist” alemán –y germánico en general– está relacionado con el espantajo que asusta y hace temblar. Frente a este espíritu de las tradiciones –inaferrable como el viento, que da vida engendrando e incubando, pero siempre como sorpresa que asusta sacudiendo y sacando de lo establecido, de lo fijo, de lo cómodo y seguro– frente a este espíritu, Goethe nos presenta el espíritu de la fría racionalidad de su época, que es un espíritu amaestrado, espíritu de la razón, que se rige según las reglas de la lógica (cf. Przywara).

En esta racionalidad y científicidad propias del romanticismo, Goethe se ha dejado conducir por las premisas para descubrir que “palabra” es “sentido”, “fuerza”, y finalmente “acción”.

Si miramos bien, descubriremos que el método que lo guía es el ternario hegeliano –tesis, antítesis, síntesis– fundamentado en el movimiento interno del pensamiento, reflejo de la vida intratrinitaria.

Pero no me quiero detener en esto.

II.

En el ejercicio que les propongo hoy, la pregunta no se dirige a lo que significa “palabra” en el texto de Goethe, ni tampoco a lo que significa en el pasaje de Juan.

Nuestra pregunta va más bien a los “imaginarios” de la “palabra”. Porque con esta mirada hacia atrás que les propongo para recoger distintos “imaginarios”, podemos dialogar con quienes –a lo largo de la historia– han escuchado este “En el principio existía la palabra” y se han “imaginado algo” llenando precisamente con esa “imagen” el contenido de la frase de Juan.

Una segunda intención subyace a la propuesta de mi ejercicio de hoy. Esos imaginarios de la palabra fundamentan, conforman y determinan distintos caminos del conocimiento que buscaremos descubrir.

III.

¿Qué es “palabra”?

Para nosotros “palabra” es una unidad de construcción gramatical precedida y seguida por la interrupción del contacto de la pluma con el papel, en el caso de la palabra escrita, o por dos silencios, en el caso de la palabra oral (Ilich); “palabra” es esa unidad que podemos ir a buscar en el diccionario.

Pero no siempre fue así. Por eso los invito a recorrer algunos ejemplos de imaginario de la palabra propios de las culturas orales (Ong) y de las antiguas culturas de la escritura (Ilich).

IV.

La cultura de la oralidad y la cultura de la escritura

Oralidad y escritura han conformado y conforman dos mundos absolutamente distintos, dos formas de ver la realidad y la historia, dos formas de pensar y de encontrar su propio lugar en el mundo.

El mundo oral está ligado al sonido con las características que le son propias: la fugacidad y la interioridad: la fugacidad, pues la palabra desaparece apenas pronunciada y cada sílaba se esfuma para dar lugar a la siguiente. Esto implica que lo que se quiere conservar debe grabarse en la memoria; y por otra parte, el sonido está en una profunda relación con la interioridad, pues el oído y sólo el oído (a diferencia de los otros sentidos) puede percibir la interioridad sin violarla.

Y si la oralidad está ligada al oído, la escritura está ligada a la visión.

Mientras que la vista distingue, separa y divide (como bien afirma Merleau-Ponty), el oído unifica. La vista pone distancia entre el observador y la cosa observada; el oído, en cambio, pone al receptor en el

centro y el sonido lo envuelve. Cuando queremos escuchar con toda nuestra atención, cerramos los ojos porque la vista dispersa y dispersa porque es un salto hacia el objeto o mejor dicho hacia la multiplicidad de objetos; el oído, en cambio, trae el objeto hasta mí, o mejor dicho permite que el objeto me alcance. El receptor es centro de lo que escucha y se fragmenta en lo que mira.

El ideal visual es la claridad que permite distinguir fraccionando (podemos pensar en Descartes); por el contrario el ideal auditivo es armonizar unificando (y desde aquí podríamos pensar un camino alternativo a la *res extensa* cartesiana).

Esto es la palabra en el mundo de la oralidad: sonido que unifica armonizando.

La cultura de la escritura nos resulta más cercana y más evidente. Sin embargo, no debemos olvidar que la mayor parte de la historia del hombre pertenece a la cultura de la oralidad y que todo intento por dejar registrado el sonido está siempre relacionado con la oralidad y nos remite a ella.

Este proceso del paso de la cultura oral a la cultura escrita ha determinado un cambio de la *forma mentis*, ha significado un paso de una cultura fundada principalmente en el sonido, en el oído y en la memoria, a una cultura de la luz, de la visión y de la claridad.




Consideraremos tres momentos importantes en el proceso de creación de la escritura –comenzado hace cinco milenios–. Estos tres momentos son el del ideograma, el de la escritura consonántica y el de la escritura vocálica.

1. El jeroglífico o ideograma (cultura egipcia)

El primer intento por poner por escrito un discurso es el ideograma, por ejemplo los jeroglíficos de la cultura egipcia o los ideogramas de la escritura china.

El mecanismo de la lectura de los jeroglíficos consiste en que éstos proveen los elementos que permiten al lector leer en voz alta a partir de su memoria, pero no le dan las palabras. Se supone que el lector está familiarizado con el contenido de las ideas cuyos elementos individuales están alineados frente a él. Es tarea del “lector” darles nombre. El signo gráfico no determina la expresión.

Así surge una imagen mítica de la palabra. Pues esta forma de lectura repite la mecánica de la creación.

Ptah –  – crea a partir de su “corazón” (Horus –  –) y de su “lengua” (Tot –  –), es decir a partir de sus “ideas” que pone en “palabras”. La palabra surge del fondo del corazón; es una palabra divina que se vuelve origen de lo visible.

Leer es recuperar la palabra “re-cordada”, nos permite decir el castellano, palabra que está en el corazón, no en el signo gráfico. Esta palabra se vuelve creadora de la realidad.

2. La escritura consonántica (cultura semítica)

Los ideogramas van a dar lugar a los logogramas. Esto significa un avance, pues en esta forma de escritura se debía usar una sola palabra por cada expresión. El alfabeto semítico es el primero que sólo tenía signos fonéticos y un solo signo para un grupo de sonidos.

Por ser una notación fonética era una superación de las formas anteriores. De hecho, el libro del Éxodo nos dice que el pueblo de Israel era culturalmente superior al egipcio. Aquí está la prueba manifiesta de su superioridad.

Pero el alfabeto semítico no tiene signos para las vocales. Un grupo consonántico puede resolverse en una variedad de palabras, según las vocales con que se la complete. Aquí se presenta el problema de cuál elegir. Y podríamos decir con el Dr. Fausto: “¿quién me dará una mano?” Porque en realidad necesitamos una mano que nos guíe.

Es un alfabeto consonántico. Esto significa que no se indica el tono de la voz, sino sólo las consonantes, es decir los obstáculos (suaves o ásperos) con los que se encuentra la respiración (recordemos: respiración - aliento – espíritu). Como el pasaje del profeta Ezequiel:

La mano de Yhwh vino sobre mí... y me puso en medio del valle que estaba lleno de huesos... Me dijo: Hijo de hombre ¿podrán vivir estos huesos secos? ... Profetiza sobre estos huesos. Les dirás:

huesos secos, dice Yhwh: Haré entrar el espíritu (רוח) en ustedes y vivirán. (Ez 37,1-10)

Esta forma de escritura no convertía a la página en un espejo del habla sino en un sepulcro de los huesos del lenguaje (Illich). Pero deja en claro que el “tono” sólo pasa por el hombre, pero no es del hombre. Para leer se necesitaba de un cierto adiestramiento. Sólo quien estuviera acostumbrado a reconocer cuál es el aliento, el espíritu (el tono de la respiración) que corresponde a una serie de consonantes es capaz de revitalizar los huesos devolviéndoles el espíritu.

De esta manera, en hebreo “dabar” significa palabra y suceso y está por tanto ligada a la palabra hablada, la palabra que sucede, expresando la unicidad de cada palabra, aunque se repita. Es un evento único e irrepetible, porque el sentido (no de la palabra) sino el sentido existencial del hablante y del oyente es único e irrepetible.

3. La escritura vocálica (cultura griega)

Más tarde este alfabeto consonántico semítico llega por medio de mercaderes sirios hasta los griegos. Y los griegos le añadieron los signos vocálicos. Nos lo cuenta Plutarco. Ya no fue necesario reconocer huesos desnudos que debían ser ajustados convenientemente.

Con la incorporación de las vocales la página se ha convertido en un auténtico registro de sonidos, un espejo del habla.

La palabra escrita de esta manera permite un conocimiento nuevo, permite acceder a lo desconocido. Esta palabra consiente a quien no sabe acceder en su totalidad a lo nuevo sin necesidad de haberlo escuchado, de haberlo aprendido con anterioridad y sin necesidad de una inspiración que lo guíe para encontrar el tono correcto que da vida a las consonantes.

Esta es la forma de la palabra que permite conocer lo desconocido, es la que lleva al conocimiento filosófico como lo entendieron los griegos.

El análisis de Heidegger del fragmento 50 de Heráclito describe esta dinámica. Partiendo de la etimología de la palabra “legein” de la que viene “logos”, considera el “logos” como palabra dicha y como palabra escuchada. Porque de “legein en el sentido de decir” resulta que “decir el logos” es “poner delante todo junto”, es decir “presentar” como “dejar delante como asentado”. Es desocultar lo que estaba oculto. Y por otra parte de “legein en el sentido de recoger” resulta que “oír el logos” es “recoger lo que se ha puesto delante”.

Esto no era posible en el imaginario mítico ni en el imaginario semítico de la palabra.

V.

Volviendo al “problema” con el que se enfrentó el Dr. Fausto, podemos preguntarnos en este momento –siguiendo los modelos que hemos descrito, según la imagen que cada uno de ellos tenía de la “palabra”– cómo pudieron haber entendido a lo largo de la historia este “En el principio existía la palabra”.

Fausto se encuentra en el mundo de la escritura vocálica, es el mundo de lo que llamamos filosofía. A partir de la razón humana busca llegar a explicar por un camino inductivo a posteriori, qué es esa palabra, principio, fin y sentido de todo. Las expresiones que usa Goethe resaltan las características que hemos señalado: un proceso puramente humano, guiado por la razón, proceso necesario que nos permite llegar a lo desconocido.

Semejante es el camino que hemos visto en el imaginario de la escritura de los ideogramas. Los jeroglíficos recordaban una historia, un mito conocido y transmitido no por la palabra escrita, sino por la palabra oral, por un camino deductivo a priori, el origen de todo.

Entre estos dos modelos encontramos el imaginario del lenguaje consonántico que deja de manifiesto la necesidad de estar atentos a ese aliento que da vida a los huesos secos. La palabra no es ni expresión de la elaboración racional humana, ni el fruto de un mito de los orígenes.

Es más bien la conjunción de ambos y en esta conjunción el hombre debe distinguir o discernir el tono del espíritu que da sentido a lo humano.

Tres imaginarios: uno mítico trascendente, uno racional inmanente y uno “religioso” que mantiene la tensión entre la trascendencia y la inmanencia. Pero que, en definitiva pertenecen a la cultura de la

escritura, de la visión, de la claridad que ilumina y distingue.

El último imaginario –que en realidad es el primero– es el de la oralidad, el de la palabra que envuelve y armoniza.

No podemos dejar de considerar el hecho que la escritura mediatiza la palabra y aleja el objeto: el signo escrito despierta la memoria del sonido que recuerda la palabra y de allí se accede al objeto. Conforman una cadena con cinco elementos: el signo escrito – la memoria – el sonido – la palabra – el objeto.

Cada una de las formas de escritura lo hacía a su manera:

El momento del ideograma exigía el conocimiento de la historia y la recordaba proveyendo señales, pero no daba “expresiones”.

El momento del logograma consonántico provee algunos sonidos de la palabra, aunque de manera incompleta. No se necesita conocer todo, pero sí conocer el tono. No se pueden conocer nuevas palabras a partir de la escritura, sino siempre a partir de la oralidad.

En cambio, el momento del alfabeto vocálico permite conocer cosas partiendo de la escritura, sin necesidad de un maestro, sin necesidad de una tradición oral, sin necesidad de un padre, como se lamentará Platón en el Fedro.

VI.

Y sin embargo, no debemos considerar que estos imaginarios sean algo exclusivo. No se excluyen. De hecho, quiero citar dos intentos de síntesis.

Un primer intento de síntesis lo encontramos en el gnosticismo. Se trata de una síntesis entre el momento mítico y el momento metafísico.

Según los gnósticos, el Padre –principio de todas las cosas– que es indeterminado –y por lo tanto incognoscible– engendra dos eones, dos seres o inteligencias divinas: el Abismo (*Bythos*) que es masculino y el Silencio (*Sige*) que es femenino. Del fondo de este abismo silencioso surge la “palabra”: que es lo que Heidegger encuentra en el fragmento de Heráclito:

Decir el Logos es poner delante, todo junto, lo que estaba oculto en el abismo silencioso.

Por otra parte, oír ese Logos es recoger eso que se ha puesto delante.

Pero la auténtica síntesis de todos los imaginarios la encontramos en los escritos transmitidos bajo el nombre del apóstol Juan. Es él quien mantiene la tensión de todos ellos como síntesis del antiguo y actual problema de la relación entre la sabiduría humana y la religión, de la razón y la fe, de la filosofía y la teología.

Pues, según el prólogo del evangelio, es la “palabra” por la que todo fue creado, es la palabra trascendente que se hace carne (todo Dios y todo hombre, a diferencia del intento gnóstico que negaba toda posibilidad de contacto entre lo divino y la carne). Es Luz que ilumina.

En el principio existía la Palabra (λόγος) ...

Todas las cosas fueron hechas por medio de él (de la Palabra) ...

La Palabra era luz de los hombres

Y la Palabra se hizo carne...

A Dios no lo ha visto nadie jamás, sólo el Unigénito que está en el seno del Padre lo dio a conocer (ἐξεγήσατο) (Jn 1,1-18)

Prestemos atención a la palabra griega -(ἐξεγήσατο) condujo afuera-: la Palabra condujo al Padre afuera, hizo su exégesis, lo puso delante para que lo conociéramos.

En segundo lugar, según las epístolas, es el logos de la vida, es ágape, el amor que es Dios mismo, que envuelve y armoniza.

Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos,
acerca del Verbo de vida (Λόγου τῆς ζωῆς),
pues la vida se manifestó
y nosotros la hemos visto y damos testimonio
de la vida eterna que estaba con el Padre
y que se nos manifestó... (1Jn 1,1-2)

Y este es el mensaje que hemos oído de él
y os lo anunciamos:
Dios es luz... (1Jn 1,5)

Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida
porque amamos (ἀγαπῶμεν) a nuestros hermanos... (1Jn 3,14)

El que no ama no conoce a Dios,
porque Dios es amor (Θεὸς ἀγάπη ἐστίν) ... (1Jn 4,8)

A Dios nadie lo ha visto nunca.
Si nos amamos los unos a los otros,
Dios permanece en nosotros
y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (1Jn 4,12).

Y por último, según el Apocalipsis, es el Logos de Dios, rey de reyes y Señor de Señores, fin y sentido de todo.

Lleva escrito un nombre que él solo conoce...
su nombre es: El Verbo de Dios (Λόγος τοῦ Θεοῦ)...
Y en su manto y en su muslo tiene un nombre escrito:
Rey de Reyes y Señor de Señores. (Apc 19,11.13.16).

VII.

De esta manera hemos recorrido breve aunque tal vez un poco esquemáticamente algunos imaginarios de la palabra. No está dicho que ustedes no puedan reconocer otros.

Nos habíamos propuesto dialogar con quienes –a lo largo de la historia– han escuchado este “En el principio existía la palabra” dándole un contenido que provenía de los imaginarios de la “palabra”.

Lo que parecía evidente se ha demostrado no serlo tanto.

Pero valió la pena hacer el esfuerzo no sólo por comprender lo que dicen o han dicho, sino también –y esto ha sido mucho más importante– por penetrar lo que pensaban cuando decían lo que dijeron o cuando escuchaban lo que escucharon.

El problema del Dr. Fausto permanece. No alcanza traducir las palabras. Más difícil, pero seguramente más fascinante– es traducir los imaginarios que se esconden bajo el disfraz de la palabra, ya sea escrita, ya sea oral. Esto hace que el diálogo sea fructífero.

El año pasado hablé de la literatura inútil, una literatura que no permitía alcanzar aquello que buscaba Platón y aquello que buscaba Homero, al padre.

Este año, el tema de la palabra nos ha llevado a encontrarnos con el hijo que es la palabra que permite conocer al padre y no sólo en el sentido teológico. Es la palabra que realmente habla de la

existencia de un padre y autor, del cual es revelación, que lo pone delante, todo junto, para que recojamos ese conocimiento.

VIII.

Quiero terminar citando unos versos de Osvaldo Pol, profesor de esta casa. Quieren ser un pequeño homenaje a este apasionado de la Palabra.

El verbo tomó carne de María
para que en Él nuestra palabra vuele
hacia la altura que antes nos dolía.

Y desde entonces en nosotros suele
aparecer fundando la alegría
“l'Amor che muove il sol e le altre stelle”.